

# Índice

A quien leyere 2

## PRIMERA PARTE: EL HOMBRE SEGÚN EL MATERIALISMO

El origen del hombre  
El valor del hombre  
El fin del hombre

## SEGUNDA PARTE: EL HOMBRE SEGÚN LA BIBLIA

El origen del hombre  
El valor del hombre  
El fin del hombre

2

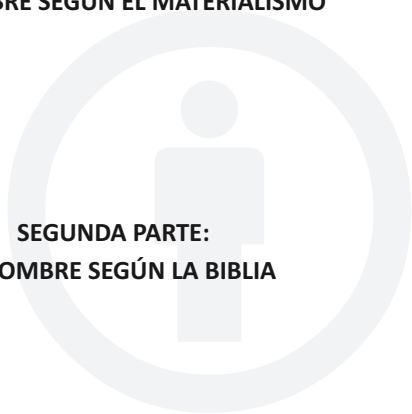
3

4

6

7

8



## A quien leyere

Este folleto que tienes en tus manos contiene una pequeña serie de estudios sobre el origen, el valor y el fin del hombre, según el materialismo, primero, y según la Biblia después. Estos estudios fueron especialmente preparados para el programa radiofónico LA ESTRELLA MATUTINA. Muchos de nuestros oyentes escribieron solicitando copia de los mismos, y ello nos movió a recogerlos en el presente librito. Al imprimirlo, no hemos querido cambiar en absoluto el estilo en que fueron escritos, presentándolos aquí por el mismo orden que fueron radiados.

No queremos enorgullecernos disculpándonos por la pobreza de los argumentos empleados, y pidiendo perdón por las muchas faltas de que adolece el folleto, pues tal forma de vanidad –que a veces raya en la pedertería– está muy gastada por el uso que de ella hacen los escritores en el prólogo de sus obras. Queremos declarar, eso sí, que hemos sacrificado la originalidad al fin práctico, y con este pensamiento en mente no hemos vacilado en citar constantemente a aquellos autores que han estudiado la cuestión con más capacidad y objetividad que nosotros.

Teniendo en cuenta el destino de este folleto, para las citas bíblicas hemos usado preferentemente la versión católica de Nácar–Colunga; en algunos casos citamos también las versiones evangélicas de Reina–Valera y la Versión Moderna. Cuando se hace esto se emplean las iniciales R. V. para distinguir la Primera, y V. M. para la segunda.

Y nada más, lector amigo. Si eres materialista, lee despacio las páginas que siguen y recapacita en ellas; si no lo eres, repásalas con más detenimiento aún que si lo fueres, para que nunca puedas verte envuelto en las redes de unas creencias que no establecen diferencia alguna entre el animal que es conducido dócilmente por las calles asfaltadas y el conductor de ese animal.

«Al Dios sólo sabio, nuestro Salvador, sea gloria y magnificencia, imperio y potencia, ahora y en todos los siglos, Amén» (Judas 25. R. V.).

## PRIMERA PARTE

### El hombre según el materialismo

#### EL ORIGEN DEL HOMBRE

Hablar del origen del hombre sin tener en cuenta lo que al respecto dice la Biblia, cuya historia, según ha declarado recientemente Eulogio Palacios en las páginas del *ABC* madrileño, “es la única historia en la que de verdad se puede creer a pies juntillas”, significa adentrarnos en una oscura habitación para buscar a tientas, como hace el ciego en plena luz, un punto en que apoyarnos. Significa, además, buscar y rebuscar entre un enorme caos de hipótesis y conjeturas, alguna orientación que nos dé siquiera una ligera base de donde podamos partir.

Al discurrir sobre el origen del hombre de acuerdo con la doctrina materialista, no vamos a tener en cuenta la opinión del materialismo evolucionista, según la cual el hombre descende del mono. Este materialismo científico refinado, nada tiene que hacer en nuestros días; no representa ya peligro alguno ni puede considerársele como dañino. El docto catedrático de Geognosia, Oscar Fraas, disparó el tiro de gracia sobre esta teoría cuando escribió en 1870: “Fijar el origen del género humano en una de las especies de mono, es el mayor desvarío que jamás se ha ideado acerca de la historia de la Humanidad, y merece que se inmortalice en una nueva edición del *Libro de los Desatinos de los Hombres*. La ridícula idea de semejante origen no puede apoyarse en ningún género de hechos científicos. Por consiguiente, dejemos tranquilo al Gorila en los pantanos tropicales de Gabon–Gina, único sitio de nuestro planeta donde se encuentra. Las pruebas de consanguinidad de ese, y de todo animal inferior, con el hombre, faltan hoy día de la fecha, de un modo completo, total y absoluto”.

Al que nos interesa combatir es a ese otro materialismo popular, práctico, que se está extendiendo como una grave epidemia por nuestra sociedad, minándolo y contaminándolo todo con su negra filosofía: “comamos y bebamos que mañana moriremos”.

Es la filosofía de moda. Tiene cabida tanto en la persona inculta, que acepta sin titubear todo cuanto se le dice, como en aquella otra que posee una mediana instrucción y hasta en mentes más elevadas. Como hace notar Carlyle, para quienes así piensan, “la palabra alma parece ser sinónima de estómago”. Estos seres se convierten, por propia iniciativa y determinación, en brutos espirituales, ignorando por completo los valores eternos encerrados en nuestra personalidad espiritual. En el Evangelio se hallan representados por el rico necio, con su triste y equivocada reflexión: “Alma, muchos bienes tienes almacenados para muchos años: repósate, *come, bebe, huélgate*”, olvidando la sentencia del Señor Jesús, según la cual, “la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee” (Lucas 12:15–20. R.V.).

Estas personas, que nada esperan de la otra vida, que todo lo reducen al presente, se envuelven y nos envuelven en profundas tinieblas cuando tratan de dogmatizar sobre el origen del hombre: si nada hay más allá de este suelo, quiere decir que tampoco ha existido cosa alguna, y por consiguiente el hombre es un producto de la casualidad, un hijo de las circunstancias. Ya pro venga de creaciones separadas y de especies invariables, ya de un sólo germen o célula primitiva, la creación del hombre es obra del acaso, sin intervención alguna del Omnipotentísimo Creador. El desarrollo de nuestras facultades mentales obedece a leyes ciegas e inexplicables. La maquinaria que mueve nuestro cuerpo se ha formado a sí misma y su funcionamiento perfecto es consecuencia de fuerzas fatales, ciegas, que obran caprichosamente en nuestro organismo. Tal es nuestro origen según las venenosas teorías del materialismo.

El concepto de estos señores sobre el origen –y también el fin– de nuestra vida, se halla más claramente contenido en unos versos latinos de la Edad Media que nos han sido transmitidos por Papini. Estos versos dicen:

Homo? Humus  
Fama? Fumus  
Finis? Cinis”

El hombre no es más que tierra. Si posee alma –sigue diciendo el materialista– es un alma de cántaro, ya que el cántaro sale del barro y ese fue el material empleado en la composición de nuestro primer padre. Cuando leen el texto sagrado que habla de la creación de Adam, se detienen en la parte que dice: “Formó Dios al hombre del polvo de la tierra” y olvidan lo más importante del pasaje. Olvidan el soplo divino que originó la vida humana; la chispa de Su divinidad

que Dios nos transmitió al crearnos a Su imagen y semejanza. ¡Nada!, gritan convencidos y queriéndonos convencer: tierra somos y a la tierra volveremos. El barro es nuestro padre y nuestro fin serán un montón de cenizas. “Y entre uno y otro momento no hay sino algún inútil y perezoso penacho de humo, que los aduladores denominan fama”.

Y cuando la mente piensa; cuando el corazón divaga y el alma se rebela contra ese oscuro origen y fatídico final, el materialista rasga sus vestiduras y nos tilda de fanáticos religiosos, de querer “hacer a Dios”, pretextando que Dios nos ha hecho a nosotros.

Son en extremo desesperantes las hipótesis materialistas sobre el origen del hombre. Sus negaciones de todo lo sobrenatural rebajan y humillan nuestra dignidad de hombres racionales. Ninguna esperanza para el más allá. Ningún alivio para nuestros males. “La nada es nuestra madre y, con nuestras alegrías y nuestros dolores, nada somos y nada seremos”.

## EL VALOR DEL HOMBRE

Terminamos nuestro anterior estudio sobre el origen del hombre según el materialismo con una nota de tristeza en nuestros corazones, por la incierta y caótica procedencia que se nos daba. Hoy volvemos a enfrentarnos con el materialista convencido para interrogarle sobre el valor del hombre. ¿Cuánto vale el hombre según el materialismo? Es la pregunta que esta mañana nos proponemos responder.

Si tenemos en cuenta la definición que del nombre estampa Eliseo Reclus en la primera página de su voluminosa obra *El Hombre y la Tierra*, según la cual “el hombre es la naturaleza formando conciencia de sí misma”; si tenemos en cuenta lo que el diccionario Larousse entiende por naturaleza: “conjunto de las cosas que existen realmente”; si tenemos en cuenta que lo “que existe realmente” (no lo que sentimos, ni lo que presentimos, ni lo que nos dicta nuestra fe, sino lo que realmente existe, es decir, lo que vemos y palpamos) es sólo materia, habremos confirmado una vez más la doctrina materialista: el hombre es sólo materia y por materia tenemos que valorarlo. Ahora vamos comprendiendo mejor. Las confusiones desaparecen. Entremos de lleno en nuestro propósito y veamos cuánto vale el hombre para el materialista.

A este respecto nos dice el bien conocido escritor y predicador evangélico Walter Manuel Montaña (*El Monje que resucitó*) lo siguiente: “Aprovechándose de que vivimos en una época de cálculo comercial, el materialismo más crudo y grosero tiene al mundo abrazado en sus temibles y repulsivos tentáculos, que lentamente van estrangulando los sentimientos más puros,

nobles, altruistas y humanitarios. Tanto los hombres como las cosas se justiprecian en términos de libras y dólares. Viene la química y ella también tasa al hombre en su exacto valor científico. El célebre escritor De Colliers, escribió no hace mucho lo que sigue: “He reducido a proporciones y números lo que somos y valemos químicamente, basándonos en los precios ordinarios del mercado. La grasa que el cuerpo del hombre contiene, tomando el promedio, podría formar siete barras ordinarias de jabón; con el hierro se podría fabricar un clavo de grosor mediano; con el azúcar se podría llenar una azucarera pequeña; la cal daría para blanquear un palomar; con el fósforo se podrían fabricar dos mil doscientas cabezas de fósforos; la magnesia alcanzaría para un laxante de un día; el azufre daría para poder matar las pulgas de un perro. El conjunto, puesto en el mercado y evaluado al precio de hoy, sería de 93 centavos americanos” (unas 54 pesetas al cambio de nuestra moneda, según el cambio medio en Tángster).

Así que, según la química y los precios corrientes, cada hombre vale 93 centavos. Una gallina que se expende en el mercado, vale según el precio y la calidad de la carne. Cuanto más peso tenga y más tierna sea la carne, valdrá más. Una buena gallina costará, según esta evaluación, algo más que el hombre. ¡¡Vaya una ocurrencia!! Pero no culpemos a nadie de esto. Es el materialismo el que conduce a semejante despropósito y locura evaluando al hombre según lo que materialmente representa”. El famoso químico alemán Liebig, se ríe de este loco desvarío haciendo la siguiente observación: “La química nos enseña que el hombre es aire condensado. Lo singular es que millares de esas cajas de aire condensado se empeñen en batallas, en que se aniquilan mutuamente con aire condensado”.

Eso es todo cuanto valemos: ¡Cuarenta y cinco pesetas! El motivo de ser cotizados a tan bajo precio, se debe a que el materialismo sólo tiene en cuenta la estructura física de nuestro ser, ignorando nuestras reacciones psicológicas y nuestros valores morales y espirituales, contenidos todos ellos en el alma que da vida a este cuerpo que con frecuencia vemos reflejado en el espejo. Y no podemos descender más bajo. No cabe mayor vergüenza sobre nuestra personalidad. Nada somos. Nada valemos. Es decir, según el materialismo valemos por lo que somos. Y en este caso, no somos más que “una podredumbre en el nacimiento, una bestia en la vida, una vianda de gusanos en la muerte” (Solón).

Y por todo ello hemos de dar las gracias, sombrero en mano, a los representantes de esa doctrina que a tal extremo rebaja el valor de nuestra personalidad. Es posible que en la mente del poeta francés Boileau se hallasen representadas esta clase de personas, cuando escribió la sátira con la que queremos poner punto final a este breve estudio:

“De cuantos seres  
Pueblan el aire,  
Pisan la tierra,  
Surcan los mares,  
En punto a necios  
No hay quien nos gane.”

## EL FIN DEL HOMBRE

Hemos meditado hasta aquí sobre el origen y el valor del hombre según el materialismo, y hoy concluimos la primera parte de nuestros estudios discurriendo sobre el fin del hombre. Este fin –como todo en el materialismo– es trágico, espeluznante. El materialista, que niega la existencia del más allá, que nada quiere saber de la otra vida, limita nuestra existencia a las oscuras paredes de una tumba tan negra como sus mismas doctrinas. Nuestro fin se halla a un metro bajo tierra o en las paredes de un nicho tétrico y silencioso.

Un periodista mejicano que presencié la incineración del cadáver del que fue tristemente célebre León Trostky, citado por Montaño, escribía al día siguiente en su periódico: “A novecientos gramos de ceniza quedó reducido el hombre que tuvo las miradas del mundo fijadas sobre su personalidad”. Ése es el destino de todos cuantos pasan por el fuego después de muertos, escapando así a los devoradores gusanos. ¡Nada de inmortalidad de alma! ¡Nada de futura resurrección! ¡Ninguna esperanza que nos aliente a vivir a los que todavía pisamos este suelo de contradicciones! ¡Novecientos gramos de ceniza, y eso es todo!

El académico español Wenceslao Fernández Flores, en un artículo publicado en *Semana*, compara nuestra vida a una carrera de bicicletas. Siempre vamos corriendo, luchando, subiendo y bajando cuestas, doblando curvas y tomando rectas. Y cuando ya nos sentimos cansados, cuando en nuestra cabeza aparecen las hebras de plata –anunciadoras de nuestro próximo fin–, cuando se nos caen los dientes y sentimos que el corazón nos falla, entonces suspiramos por llegar a la meta, al final de nuestros trabajos, al descanso merecido. Preguntamos al materialista por esa meta, y su respuesta nos confunde y nos llena de desesperación: la tumba, fría y silenciosa.

Es la única solución que puede presentarnos el materialista. No tiene otra. Cuando, hace ahora cerca de dos años, murió en las carreteras de Galicia el ciclista español Francisco Alomar, uno de los periodistas que escribieron sobre su muerte decía: “Alomar ha llegado a la etapa final de su vida en el cementerio de un pequeño pueblo mallorquín”. Es exactamente la doctrina materialista. Ahí, en el cementerio, pequeño o grande, no importan sus dimensiones, termina todo. Por muy amarga que sea la píldora, hemos de tragarla, pues el materialista nos asegura formalmente que no hay otra vida. Sólo nos presenta –como acertadamente escribe el nuevo miembro de la Real Academia Española Agustín de Foxá– “una flotilla de ataúdes a la deriva y sin destino, caídas las alegres velas de la resurrección, sin brújulas para el descubrimiento de las extrañas playas del Espíritu”. Ante esta perspectiva tan negra, “si no hay otra ribera, –sigue diciendo el escritor citado–, si no se desembarca al otro lado del seco sepulcro, suicidémonos todos, colectivamente, porque el suicidio es la única solución filosófica y racional cuando no se espera nada, detrás de la fúnebre y bronceada puerta intocable”.

Oscuro es tu origen según el materialismo, estimado amigo, muy pobre tu valor como ser humano, y tu fin no puede ser más trágico. La esperanza en la otra vida ha de quedar para siempre borrada de tu corazón. Las injusticias de este suelo nunca verán el castigo del cielo. Cuando la tristeza invada tu corazón y el llanto dé expresión a tu dolor, has de recoger las lágrimas que viertas y bebértelas a solas. No esperes consolación alguna, porque la materia es incapaz de comprender tus dolores, incapaz de simpatizar con tus aflicciones. Nunca podrá consolarte. La única solución para ti es la que te presenta un consagrado cristiano que ha combatido eficazmente al materialismo desde su alta posición de renombrado hombre científico. Hela aquí: «¡Desespera y muere!, porque el negro evangelio de esos apóstoles te lo declara: ¡Ay de los desheredados de la tierra, porque no hay otra vida! ¡Ay de los que son víctimas de la injusticia, porque nunca se les hará justicia! ¡Ay de los que lloran, porque nunca serán consolados!... La nada es nuestra vida, y pronto volveremos a caer, con todo cuanto nos rodea, en la eterna nada» (P. Bettex).

Ya te hemos presentado la opinión del materialismo sobre el origen, el valor y el fin de tu vida. Sus conclusiones no pueden ser más contradictorias ni decepcionantes. Ignoramos tu reacción.

Por nuestra parte, le decimos adiós con verdadera compasión. Sus ideas no nos convencen, ni pueden convencer a quienes seriamente las mediten. Todos aspiramos a algo más. Es muy poco, nada, lo que el materialista nos ofrece. En la segunda parte de nuestros estudios vol-

veremos a recorrer el mismo camino, pero esta vez a la radiante luz de la Biblia. Dios quiera iluminarnos a fin de que podamos comprender claramente y sin ambigüedades, todo cuanto Su Palabra revelada tiene que decirnos sobre la cuestión en examen.



## SEGUNDA PARTE

# El hombre según la Biblia

### EL ORIGEN DEL HOMBRE

El pasado viernes concluimos la primera parte de nuestros estudios sobre el hombre, habiendo considerado hasta aquí el origen, el valor y el fin del hombre según la opinión del materialismo. Hoy, al comenzar la segunda parte de estos estudios, queremos elevarnos por encima de esas teorías que nos han sumido en un espantoso caos de confusión, y tratar estos mismos puntos a la luz de la Biblia, que en palabras del famoso orador español Emilio Castelar, “es la revelación más pura que de Dios existe”.

No vamos a detenernos aquí para probar la existencia de Dios. No es ese nuestro propósito. La existencia de Dios no necesita ser probada, pues los mismos que se llaman ateos, en su empeño por negarla y combatirla, la proclaman a voces: porque ridiculez mayúscula y vano trabajo es combatir lo que no existe. Los escritores sagrados no se molestan lo más mínimo en probar la existencia de Dios. Moisés comienza su relato de la creación con una afirmación categórica y concluyente: “Al principio creó Dios los cielos y la tierra” (Génesis 1:1). Aquí “se nos presenta a Dios en la plenitud de su poder infinito y en la grandeza solitaria de actos sublimes e incommensurables” (C.H.M.).

El tercer día de la creación, Dios dijo: “Júntense en un lugar las aguas de debajo de los cielos, y aparezca lo seco. Así se hizo; y se juntaron las aguas de debajo de los cielos en sus lugares y apareció lo seco; y a lo seco llamó Dios tierra, y a la reunión de las aguas llamó mares” (Génesis 1:9–10). La Biblia no afirma, como muchos lo pretenden, demostrando con ello su ignorancia, que el hombre fue creado de la nada. Cuando la tierra estuvo descubierta, el texto sagrado añade: “Formó... Dios al hombre del polvo de la tierra, y le inspiró en el rostro aliento de vida, y fue así el hombre ser animado” (Génesis 2:7). ¡¡Hermosa descripción!! Mientras que el materialismo

nos presenta al hombre como un mero producto de la naturaleza, ignorando por completo la intervención divina, la Biblia lo describe como creación directa de Dios. Refiriéndose al texto citado sobre la creación del hombre, el conocido profesor de cirugía de la Universidad de Bristlo, Rendel Short, dice: “Esta declaración es científicamente exacta, porque los trece elementos que componen el cuerpo humano se encuentran en la tierra”.

El hombre no es consecuencia de una evolución animal como pretende el materialista, sino un ser creado y animado por Dios. Al formarle del polvo de la tierra y transmitirle luego el aliento de vida, Dios dotó al hombre “de espíritu, a fin de que pudiese comunicarse con Él; de inteligencia para que pudiese comprender sus obras y su revelación; de conciencia moral que le guiase por el camino del bien, le dotó de una voluntad propia, para que pudiese elegir libremente; puso en él sentidos, para admirar las bellezas de la creación, y le dotó, en fin, de un corazón que le permitiese amar a su Creador” (René Pache).

Ninguno de estos atributos tienen contacto con la materia. Ellos constituyen la verdadera personalidad del hombre, la que no se ve ni se palpa, pero de cuya existencia no puede dudarse. Son pruebas de nuestro espiritualismo, contra las que se estrellan todas las hipótesis materialistas. La Fontaine, por medio de unos sencillos versos, se vale de estas pruebas para asestar un golpe mortal a los sistemas materialistas. El escritor francés dice:

“No el instinto, no el acaso  
Mueve el labio ni el pie mío,  
Sino mi libre albedrío,  
Cuando yo hablo o doy un paso:  
Yo siento en mí un celestial  
Espíritu inteligente,  
De quien es siervo obediente  
Este cuerpo material.  
Y aunque ocultas en mí estén  
Las fuerzas, por ellas vivo,  
Y más claras las concibo  
Que cuando mis ojos ven.”

Según la Biblia, los elementos constitutivos del ser humano son tres: cuerpo, espíritu y alma (1ª Tesalonicenses 5:23; Hebreos 4:12). Dios formó el cuerpo del polvo de la tierra, alentó en él espíritu de vida, y como consecuencia el hombre quedó convertido en un alma viviente. Refiriéndose a esta trinidad del hombre, el consagrado cristiano Rubén Saillens, en un documentado libro titulado *Le Mystere de la Foi*, dice: “El cuerpo es la parte material de nuestro ser. El alma es el principio vital que anima al cuerpo, el conjunto de instintos y de facultades más o menos inconscientes que posee en común con los animales. El espíritu es nuestro mismo ser, en su esencia inmortal y divina. Una piedra es un cuerpo, y nada más. Un animal es un cuerpo viviente, es decir, dotado de alma. Un hombre es un espíritu habitando un cuerpo viviente. En nuestro lenguaje corriente, el alma y el espíritu son frecuentemente confundidos. Hablamos de la inmortalidad del alma, de su perdición y de su salvación, pero debiéramos poner en su lugar la palabra “espíritu”.

Tal es nuestro origen según la Biblia. Las tinieblas del materialismo son disipadas por la luz de las Escrituras. Lo que allí repugna a nuestra razón, aparece aquí lo suficientemente claro como para ser aceptado hasta por el más corto de entendimiento. No hay teorías absurdas y contradictorias. Hay, eso sí, afirmaciones serenas; verdades inspiradas que alumbran nuestra inteligencia y encienden en nuestro corazón el deber de la gratitud, haciéndonos exclamar con el profeta Isaías en la presencia de Dios: “Tú eres nuestro Padre; nosotros somos la arcilla y tú el alfarero: todos somos obra de tus manos” (Isaías 64:8).

## EL VALOR DEL HOMBRE

Siguiendo el plan trazado en estos estudios, hoy nos toca meditar sobre el valor del hombre según la Biblia. Ya hemos visto cómo el materialismo, con su negación de todo lo espiritual, concede un valor muy mezquino a nuestra personalidad. Pero al meditar esta cuestión en las Escrituras, nuestro valor se agiganta cobrando proporciones que el materialismo jamás podrá rebajar, por mucho que se empeñe en negarlas.

Según la Biblia, el valor del hombre estriba en su alta naturaleza espiritual. El Génesis afirma que Dios creó al hombre a su propia imagen y semejanza (Génesis 1:26). Esta semejanza del hombre con Dios es exclusivamente espiritual, pues Jesús mismo enseña que “Dios es espíritu, y los que le adoran han de adorarlo en espíritu y en verdad” (Juan 4:24). Siendo Dios un Ser incorpóreo, se comete el más lamentable de los errores cuando se pretende materializar la seme-

janza existente entre Dios y el hombre. Mullins encuentra en esta semejanza por lo menos ocho puntos, que mencionamos a continuación: “El hombre se asemeja a Dios en su posesión de una naturaleza racional; el hombre es semejante a Dios en que tiene una naturaleza moral; el hombre se asemeja a Dios, también, en la posesión de una naturaleza emocional; el hombre está hecho a la imagen de Dios en su posesión de voluntad; el hombre está hecho a la imagen de Dios como un ser libre; la imagen divina en el hombre se ve en su libertad original del pecado e inclinación a la santidad; otra señal de la imagen divina en el hombre fue el dominio sobre los órdenes inferiores de la creación, el cual dominio le fue dado por el Creador; y por último, la inmortalidad es otra señal de la imagen divina en el hombre”.

El valor del hombre consiste también, siempre según la Biblia, en haber sido creado un poco menor que los ángeles. El salmista David, ensimismado en la contemplación de la naturaleza, exclama bajo inspiración divina: “Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre para que lo visites? Pues le has hecho poco menor que los ángeles, y coronástelo de gloria y de lustre” (Salmo 8:3–5). Los ángeles son seres gloriosos que pueblan el cielo, y el hombre, coronado también de gloria, fue hecho por Dios sólo un poco menor que los ángeles. De ahí que nuestro valor como seres humanos sea mucho más elevado que el que pretende el materialista. Todavía más: bien que en su forma actual el hombre es hecho un poco menor que los ángeles, no obstante tiene privilegios superiores a los seres angélicos; estos privilegios, como bien lo demuestra Gillis, consisten en que el hombre puede tener conocimiento de la gracia de Dios, y puede participar en la experiencia de la conversión y regeneración, experiencias ambas que los ángeles ignoran, dado su estado de pureza.

Una tercera prueba del gran valor que Dios concede al hombre, la constituye el hecho de haber sido creado para que reinara en los órdenes inferiores de la creación. El texto del Génesis que hace referencia a este señorío, dice: “Díjose entonces Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza, para que domine sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados y sobre todas las bestias de la tierra y sobre cuantos animales se mueven sobre ella.” (Génesis 1:26). Dios puso su confianza absoluta en el hombre, y le constituye dueño y señor de todo cuanto había creado. Al hacerlo así, Dios estaba mostrando cuánto estimaba a la criatura que con tanto amor había creado y dado vida. La experiencia de los siglos ha venido confirmando este dominio, bien que el pecado, con sus estragos en el individuo y en la sociedad, ha impedido que el dominio sea completo. El pecado ha sido, y continúa siendo, el obstáculo principal que se

opone a la posesión, por parte del hombre, de un dominio absoluto sobre el mundo físico en que habita. Si el mundo material no está del todo dominado por el hombre, si el hombre no ostenta en la actualidad el título de rey de la creación otorgado por el Creador, hay que buscar las causas en las pasiones y ambiciones que dominan en los corazones humanos. Nunca en Dios, Quien jamás fracasa.

Pero aún cuando los argumentos presentados como prueba del alto valor que Dios nos concede, son argumentos que pesan considerablemente, una prueba más palpable sobre el valor que Dios atribuye a cada hombre, la encontramos en la historia de la Cruz.

Cristo, con su muerte vicaria en el Calvario, puso un alto precio a tu persona. “Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo Unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna” (1ª Juan 3:16). Tú formas parte del mundo, y Dios te amó tanto, te valoró tan alto, que únicamente halló como precio para tu salvación la muerte de su Hijo. “En eso está la caridad, no en que nosotros hallamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y envió a su Hijo, víctima expiatoria de nuestros pecados” (1ª Juan 4:10).

Al ladrón crucificado, desecho y escoria de la sociedad, vileza y corrupción de la tierra, por cuya persona el materialista no hubiese pagado ni las cuarenta y cinco pesetas en que estima nuestro cuerpo, Dios le reconcilió consigo por la muerte de su Hijo, elevándole hasta lo sumo y concediéndole un lugar en el paraíso donde moran los seres felices. Por muy bajo que hayas caído, estimado amigo, por muy arrastrado que te veas, por muy indigna que sea tu condición actual, aunque todos te desprecien y huyan de ti como de un repugnante murciélago, Dios te ama, te concede un valor inmenso, y para rescatar tu vida ha enviado a su amado Hijo, muriendo en la Cruz por todos tus pecados.

Bien dice el poeta evangélico Antonio Almudévar:

“Él hombre vale muy poco,  
pero Dios le valoró  
más que a la plata y al oro,  
cuando su Hijo en el madero,  
con su sangre le compró.”

## EL FIN DEL HOMBRE

Hoy terminamos nuestros estudios considerando el fin del hombre según lo describe la Biblia. Con este mensaje llegamos a la última etapa en nuestro recorrido, y pedimos a Dios que el trabajo realizado no haya sido vano. La luz arrojada por las afirmaciones bíblicas sobre las oscuras hipótesis materialistas, nos ha hecho ver con suficiente claridad cuál es nuestro origen y el valor de nuestra personalidad. Hoy, al tratar un tema tan importante como es el destino eterno del hombre, interrogaremos nuevamente al Libro inspirado, sin apartarnos para nada de sus claras enseñanzas. Sólo así podremos pisar con firmeza y avanzar con confianza.

Limitar nuestra vida a las frías paredes de una tumba, como pretende el materialismo, es desconocer por completo el propósito original al crearnos a su imagen y semejanza. Cuando Dios formó al primer hombre, le destinó a una existencia sin fin. Mucho se discute sobre si el alma es o no inmortal, pero toda la Biblia enseña que el hombre, desde el mismo instante de su nacimiento, queda destinado a una existencia eterna; puede ser en la presencia de Dios, en el lugar donde van los seres que han sido salvados por la sangre de Cristo, o puede ser en la condenación del infierno donde serán atormentados por los siglos de los siglos aquellos que rehusaron aceptar el sacrificio del Hijo de Dios. Pero, tanto en uno como en otro caso, la existencia del hombre es interminable.

Si el fin del hombre se halla a unos metros bajo tierra, como quiere el materialista, entonces, como acertadamente afirma el famoso astrónomo francés Camille Flammarion, la creación entera carece por completo de sentido. En efecto, la Biblia nos habla de nuevos cielos y nueva tierra, que han de suceder al cielo actual, manchado por la rebelión de los ángeles, y a la tierra que pisamos, embriagada con la sangre de seres inocentes. Y si esto es cierto, si es verdad que “esperamos nuevos cielos y otra tierra nueva, en que tiene su morada la justicia, según la promesa del Señor” (2ª Pedro 3:7; 12), entonces no podemos dudar de la eternidad del hombre, pues a nadie se le ocurre imaginar cielos y tierra sin habitantes. La caída de Adán trajo como consecuencia la muerte espiritual y la muerte física. Cuando le puso en el jardín de Edén, Dios “le dio este mandato: De todos los árboles del paraíso puedes comer, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, porque el día que de él comieres ciertamente morirás” (Génesis 2:16–17). El mandato de Dios fue quebrantado y Adán cosechó los amargos frutos de su desobediencia, muriendo espiritualmente, es decir, siendo arrojado de la presencia de Dios y quedando privado de su comunión. Desde entonces, todos los hombres, si bien es cierto que viven



y se desenvuelven en la sociedad, espiritualmente se hallan muertos; “muertos en delitos y pecados... sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Efesios 1:2; 12). Sólo el Nuevo Nacimiento, o sea, la regeneración espiritual y transformación de nuestro ser, puede volvernos nuevamente a la comunión con Dios. Es el principio establecido por Jesucristo en la conversación sostenida con Nicodemo: “De cierto, de cierto te digo: A menos que el hombre naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3. V. M.)

La muerte física es también consecuencia directa de la desobediencia de Adán. Si Adán no hubiese pecado, después de un tiempo prudencial en la tierra, habríamos sido arrebatados al cielo, como en los casos de Enoc y Elías, sin pasar por la muerte. Pero la Biblia dice que la “paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23). Bien que Adán vivió en la tierra novecientos treinta años, llegó el día en que su cuerpo volvió al polvo, de donde fue formado, y retornó “a Dios el espíritu que Él le dio” (Eclesiastés 12:7). “Así, pues, como por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos habían pecado... a los hombres les está establecido morir una vez, y después de esto el juicio” (Romanos 5:12; Hebreos 9:27).

Ahora bien: para el materialista, la muerte es la última palabra de nuestra existencia. Nada hay para él más allá de la tumba. Pero según la Biblia, esa muerte, que tanto horroriza a la persona sin Cristo, es sólo el fin del comienzo. Morir no significa dejar de existir. La enseñanza bíblica es clara y terminante al respecto. Jesús afirmó que “Dios no es Dios de muertos, sino de vivos” (Mateo 22:32). No podemos concebir a Dios reinando sobre un mundo cuyos únicos moradores sean los hediondos y malolientes esqueletos de los cementerios, a menos que se haga morir también a Dios, lo cual es imposible desde todo punto de vista, pues el Apocalipsis dice de él que “vive por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 4:10).

El patriarca Job, en los albores de la humanidad, para mostrar a las generaciones venideras que la creencia en la inmortalidad del ser humano es tan antigua como antiguo es el hombre, exclama en son de triunfo: “Yo sé que mi Redentor vive, y que en lo venidero ha de levantarse sobre la tierra; y después que los gusanos hayan despedazado esta mi piel, aún desde mi carne he de ver a Dios, a quien yo tengo de ver por mí mismo, y mis ojos le mirarán, y ya no como a un extraño” (Job 19:25–27. V. M). Moisés, quien había muerto mil seiscientos años atrás aproximadamente, aparece en las cumbres de Hebrón entreteniéndose en amena conversación con Elías y Jesús, en la célebre noche de la transfiguración del Señor. Moisés estaba vivo, Moisés hablaba con el Señor, y los apóstoles entendieron perfectamente la conversación (Lucas 9:28–36).

Podríamos multiplicar las citas novotestamentarias que hablan de un modo harto elocuente sobre la inmortalidad del hombre, pero el tiempo de que disponemos en esta emisión es bien limitado. No obstante, queremos decirte que tu vida no termina en la tumba. Hay un “plus ultra”, un más allá glorioso y esperanzador. Cristo nos lo enseña claramente en el pasaje de Lucas 16:19–31, donde nos presenta a Lázaro el leproso gozando en lo que la Escritura llama “el seno de Abraham”, y al rico malvado sufriendo los tormentos de un castigo eterno, en plena Posesión de sus facultades mentales y de sus necesidades físicas.

¿A cuál de estos dos lugares irás tú, estimado amigo? La voluntad de Dios es que seas salvo y vayas con Él al cielo (1ª Timoteo 2:3–4), pues el infierno no ha sido creado para ti. Para ello has de aceptar a Cristo como el Salvador personal de tus pecados, darle cabida por la fe en tu corazón y vivir unido a Él como el pámpano a la vid (Juan 15:1–8). “El que cree en el Hijo tiene la vida eterna; el que reusa creer en el Hijo no verá la vida, sino que está sobre él la cólera de Dios” (Juan 3:36).

¡¡Que el Espíritu Santo te ilumine para que tu decisión sea sabia!!